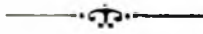


MANUEL J. CALLE

---

# CUESTION DEL DIA



ALGUNAS PALABRAS SOBRE EL PARTIDO CONSERVADOR ECUATORIANO



To be or not to be : tath is  
the question.

SHAKESPEARE.—HAMLET



QUITO.—ECUADOR

---

TIP. DE LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS

---

1897

---

# CUESTION DEL DIA

---



## CUESTION DEL DIA

---

*To be or not to be: tath is the question.*  
Ser ó no ser: esta es la cuestión  
Shakespeare. HAMLET.

---

### I.

Momentos son éstos bastante difíciles para la política ecuatoriana: merced á la desconfianza del bando adverso al actual orden de cosas, las complicaciones surjen en todas partes; la resistencia pugna por traducirse en hechos prácticos de subversión declarada; la intriga se anuda en las sombras de mal encubiertos conciliábulo, y se pretende con una nueva contienda intestina ensangrentar una vez más el suelo de la República. Las medidas conciliatorias del Gobierno, sirven de pábulo á la audacia de los adversarios y de pretexto, hoy como ayer, para que los descontentos y extremistas del partido radical ultra le echen en cara al General Alfaro y su Gabinete ó de sobra de desidia ó de sobra de clemencia; y las medidas represivas, comprensibles y lógicas en

quien ni ha perdido el instinto de la propia conservación ni el conocimiento de las conveniencias políticas y sociales del Ecuador, son tachadas de rigurosas y extemporáneas, y se apela á la ley, á la Constitución y al régimen de libertad por nosotros implantado, en declamaciones henchidas de odio gratuito, en las cuales la mentira y la calumnia entran como parte principalísima.

“—¡Oh! el General Alfaro sueña.—se dice y se repite; —el General Alfaro ve visiones, fantasmas aterradoras y teme á su propia sombra; el General Alfaro da oídos á sujestiones de áulicos interesados que consideran el denunciado inverecundo, el chismecillo palaciego, la calumnia contra los caídos, como un medio eficaz para medrar á su amparo ¡Conspiraciones dónde? ¡Revoluciones para qué? La República está cansada, necesita de paz; y el partido en desgracia en nada piensa menos que en nuevas aventuras escandalosas. . . .”

Y entre tanto, se sorprenden comunicaciones comprometedoras para los caudillos de la reacción; se descubren planes sanguinarios, cuyo sólo detalle haría horrorizar á espíritus poco asustadizos; se pesquisan y encuentran armas en casas de personas sospechosas; y se sabe, por datos y relaciones que alguna fe merecen, que se ha estado preparando una vasta conflagración, hábilmente disimulada, y cuyos resultados, aun en el peor caso de la caída de la Administración actual, hubieran sido funestísimos no sólo para entrambos partidos contendientes, sino para la Nación toda.

¿Qué hace, qué debe, pues, hacer el Gobierno en caso tan apurado, siempre que se considere que no le es lícito, en manera alguna, cruzarse de brazos y esperar la avalancha, confiado en la justicia de su causa y

en sus recursos de defensa? Medios conciliatorios le es dable escojer para con el que le pone la asechanza en el camino y trama su ruina en el secreto criminal que luego ha de denunciar el crimen? Hará válidas y efectivas las garantías todas de la Carta Fundamental cuando se ve en el preciso término de inutilizar á sus enemigos ó dejar que le exterminen? Le será digno, honroso y altamente laudable el decir á los tales: "Señores, no me hagáis la guerra, señores, no me asesinéis, señores, estáos quietos, por favor os lo pido, que yo os prometo deferir á vuestras instancias y ser para vosotros manso y humilde de corazón y haceros felices, muy felices"? ¿Qué hace, pues, el Gobierno? Ya lo hemos repetido en muchas ocasiones: la defensa no sólo es un gran derecho, sino también un gran deber. Y los deberes se cumplen, hay que cumplirlos; y mucho más, cuando sobre uno pesan graves responsabilidades primero ante la Nación y el juicio de los contemporáneos y luego ante el fallo inapelable de la Historia.

Terrible es, en el concepto de los moralistas, el suicidio: nadie tiene el derecho de atentar, por modo alguno, á la propia vida, aun cuando sean los dolores y amarguras de ella tan grandes como inmerecidos, como insufribles: quien muere de su propia mano, ni siquiera, dicen, es digno de lástima, porque ha patentizado su falta de ánimo para las luchas de la vida y caído voluntariamente en los abismos sin fin de la sombría desesperanza.

Bien, muy bien: aceptamos esta filosofía optimista que nos ampara contra el dolor y el desengaño con el broquel de la cristiana conformidad y nos da el rudo combate como una *conditio sine qua non* de la miserable existencia humana. Y decimos, que al aceptar esta enseñanza, por el mismo hecho, nos impo-

nemos el deber de cuidar de nuestra conservación: quien no resiste, pudiéndolo, se suicida: la noción del *yo*, de la propia entidad, está sobre todas las otras: he ahí el gran principio de defensa.

*Cum moderamine inculpatæ tutelæ*, mandan que sea ésta los doctores escolásticos; es decir, en la medida necesaria para resguardar nuestra propia personalidad con el menor daño posible del agresor: si no hay más remedio, para ello, que herir, hiero; si es preciso matar, mato; si me basta con desarmar al que trata de hacerme daño, arranco de su mano el arma homicida, y le dejo allí, tumbado en tierra, inhábil para nueva agresión. No es ésta la doctrina, señores reverendísimos, que os andáis por los caminos de la destrucción, olvidando que Cristo, el que predicó la Ley de la gracia y el perdón, dijo: en la vara que mides serás medido?

Pues bien, si el hombre tiene este derecho, este deber ineludible, ¿no lo tendrían las sociedades constituidas y mucho más los cuerpos directivos de esas sociedades, de cuya existencia pende el porvenir de los pueblos, y que están legal y ordenadamente reconocidos como tales directores?

Un Gobierno no sólo es responsable de su propia suerte, la que en muchas ocasiones se juega al azar en el tapete de la revolución, sino de la de todos aquellos confiados á su cuidado: sacrificado un Gobierno, por su propia voluntad y sin pretexto ni causa justificativa para la caída, se sacrifica la paz, y con la paz no solamente la vida de muchísimos ciudadanos sino, á las veces, el porvenir de las naciones.

Que se invoque un gran principio de legalidad ó economía social más ó menos discutible; que se haga armas contra una usurpación ó una tiranía, en

---

nombre de la libertad, de la justicia, del derecho, en reivindicación de la honra, dignidad ó fueros de la sociedad toda, aun menos malo: ahí es del disputarse ese derecho y esa justicia, sobre todo cuando la gran mayoría de la opinión se anda en pareceres encontrados, ó todo un pueblo se levanta indignado; pero, se tratará con idénticas consideraciones de beligerancia á quienes no invocan sino el resentimiento partidarista, el afán de preeminencia y mando, la inquina descubierta de los que cayeron vencidos en lucha legal y ahora apelan á medios vedados por la civilización, por la moral, por el derecho, para rehabilitaciones absurdas y rechazadas por el pueblo?

No! El Gobierno está en el deber de, defendiéndose á sí mismo, defender los intereses sociales encomendados á su dirección: proceder de otro modo, dando largas á contemplaciones pueriles, á aquiescencias faltas de cordura y tino, á lenidades contraproducentes, á debilidades de carácter peligrosas y hasta fatales para la marcha administrativa y la paz del Estado; es no sólo criminal, sino ridículo: es *dejarse suicidar por mano ajena*, como aquellos emperadores romanos que ponían el puñal en manos de sus libertos para que los degollasen, y es hacer que la sociedad se suicide.

¿Por qué, pues, tanta alharaca en presencia de los acontecimientos de los últimos días? Muchos ciudadanos están en prisión, cunde el pánico en la ciudad: háse descubierto una nueva intentona de revolución ó cosa peor . . . . ¿y de ello tiene la culpa el Gobierno?

Pues si los terroristas de Quito no quisieron verse metidos en estas honduras, si no deseaban que la paz de sus hogares se perturbase, fácil era que se estuvieran callados y sin volver á las andadas de marras.

Y es un verdadero contrasentido que lluevan las quejas, que el clamoroso descontento cunda, que la ira sorda se despierte en las filas conservadoras ante la enérgica actitud últimamente asumida por el Gobierno . . . . ¡Donoso caso, por cierto! Se les pone en *aptitud* de no hacer daño, y se quejan de los que, en virtud de la propia conservación, les han reducido á tal extremo. Mejor hubiera sido que se les hubiese dejado á sus anchas, y aguantar el golpe, ¿no es verdad? Y entonces ¡oh que Gobierno tan sabio, tan prudente y tan . . . . bueno!

## II.

Esta es la hora de reprochar al partido conservador de la República su falta de patriotismo, de fe, y de consecuencia política. Nunca el insulto en nuestros labios; pero si la exposición, aclaración ó rectificación de hechos históricos hiere y daña, ¿qué culpa tiene quien para mañana apunta la verdad y la ilación lógica de los acontecimientos?

La cuestión de la bandera inflamó los ánimos de los ecuatorianos todos: en la prensa, en el club, en la tribuna popular se hacía, sin distinción de clases ni partidos, activa propaganda contra un Gobierno corrompido que nos había puesto en la picota del escarnio. En esa dura emergencia,—todos lo sabían, lo confesaban y lo estaban palpando,—el Presidente Cordero no era sino un pobre hombre á quien quería hacer aparecer como el único responsable de la infamia. ¿A quién culpaban moros y cristianos del hecho inícuo? A D. José María Plácido Caamaño. Ahora bien, D. José María Plácido Caamaño fué pura y exclusivamente hechura del bando conser-



vador. Que no? Dígalo la Convención de 1883 . . . . y que lo diga el mismo señor Caamaño.

Se inició la lucha armada: ¿quienes combatieron en el Norte? quiénes fueron en Quito las primeras víctimas de la persecución corderista? Quiénes sublevaron el batallón Flores de guarnición en la Capital? Los conservadores. El señor don Camilo Ponce negó la participación de los suyos en la rebelión del batallón aquel, se lavó las manos al día siguiente de los sucesos; y, sin embargo, el señor doctor Ponce sabía muy bien que no era la verdad lo que afirmaba él en tan supremos momentos.

Si se trataba de derrocar un Gobierno ya imposible en el Ecuador, si estaba consumándose, por los medios que se podía, un acto de puro patriotismo, ¿á qué la negativa? á qué la retractación indecorosa?

Queríase la caída de Cordero, y Cordero cayó. Pero estaba terminada la labor? El Presidente era la quinta rueda del carro en la administración pública, y su desaparecimiento de la escena política en nada, pero absolutamente en nada variaba el aspecto de la gran cuestión que se debatía: quedaban los mismos hombres, el mismo sistema, el peso del mismo crimen. Y, sin embargo, los conservadores transigieron con el interregno de D. Vicente Lucio Salazar, y al hacerlo, aceptaron tácitamente la solidaridad del crimen perpetrado por el partido progresista. . . . y se declararon abiertamente enemigos,—después de ridículos pujos de una nueva elección que les fracasó por completo,—del liberalismo que no se contentaba con la farsa de una reparación *in nomine*, y se apercibía á lavar el lodo con sangre. . . .

Si esto no se llama una infidencia, si esto no se llama una falta de patriotismo y consecuencia políti-

ca, que venga Dios y lo vea, si es que Dios ve en estas miserias y asquerosidades.

Y después de los vaivenes de días agitados y escabrosos, no es verdad que conservadores *timoratos* y ciertos liberales de medias tintas, cuyos nombres llamamos por compasión y á los que el partido rechaza, ofrecieron, con detrimento de la sombra de gobierno entonces establecido, la Jefatura suprema al General Sarasti, á lo que este señor se negó resueltamente?—¿Quieren pruebas? Quieren que cite-mos nombres, apellidos y lugares? ¡Vanidad de vanidades!

Y en ese mismo momento, el grupo conservador dudaba de la lealtad de Sarasti. . . .!

Pero dejemos á un lado estas pequeñeces, y continuemos.

¿Por qué si la causa, el principio, el motivo, era el mismo para entrambos partidos, el de la bandera, el conservatismo se puso al frente del liberal que continuaba en el empeño de reivindicar la honra nacional?

Entonces la cuestión varió completamente, por las veleidades de un bando sin honradez ni patriotismo.

Se proclamó la guerra religiosa.

El del ejército de Sarasti era como un campamento de cruzados: andaban clérigos y frailes predicando el *Dios lo quiere* á los soldados y repartiéndoles medallas, *detentes*, rosarios, oraciones, versos disparatados y ridículos y otros místicos amuletos contra las balas enemigas. . . .

Cuál fué la actitud del Gobierno de hecho del General Alfaro, sábelo la República toda. Hizo los esfuerzos posibles por llegar á un avenimiento hon-

roso y decente, no porque dudara del éxito favorable, sino por ahorrar al pobre país una lucha intestina de la cual habrían de resentirse profundamente la agricultura, el comercio, las artes y la industria, sin sacar, en cambio, otro resultado que el espectáculo de una locura más dado á la América entera. ¿Fueron, por ventura, escuchadas sus Comisiones de paz?—A la una no se la quiso oír en Cuenca; á la otra. . . . ni siquiera se la permitió entrar en la ciudad de Quito. ¿Era esto patriótico?

Aún en vísperas del encuentro decisivo en las alturas de Gatazo, ya encendida la mecha de los cañones, dirémoslo así, el Caudillo liberal hizo nuevas proposiciones de paz. ¿Qué contestó el partido conservador, por boca del General Sarasti? Allí están sus notas.

Se quería la guerra á todo trance porque se imaginaban que era sobrado fácil derrotar al partido liberal.

Pero no hacían cuenta los terroristas de una cosa, para ellos imperceptible; á saber, que detrás de ese hombre anheloso de la paz, y con las armas en la mano, no obstante; detrás de ese ejército de voluntarios, estaba el pueblo.

Y el pueblo quería, en primer lugar, la libertad; es decir, el aniquilamiento de un monstruoso sistema administrativo, que no sólo volvía ilusorias todas las garantías establecidas por la Constitución, sino que le robaba á cara descubierta.

Hablamos en presencia de hechos recientes, constan las pruebas, y no tememos ser desmentidos.

### III.

Después del triunfo, los procedimientos del vencedor no pudieron ser más satisfactorios á los ecua-

torianos. Proclamada la amnistía en el mismo campo de batalla, de hecho se le llamaba al conservatismo al goce de todos los derechos, y parecía consolidada la paz de la República.

Y comenzóse á meter orden, hasta donde era posible, en ese caos tenebroso de la administración pública, tal como la habían dejado los pecadores Gobiernos del conservatismo dominante.

La situación del país no era, por cierto, envidiable, ni muchísimo menos. Había que hacer la luz en medio de esas tinieblas, desenredar la madeja, sorprender *infraganti* el delito de los antiguos amos y dueños. Se buscó, por todas maneras, aun á riesgo de enojar á radicales y liberales meticulosos y sobrado suspicaces, los medios de conciliación. Perdonóse á todos, llamóse á todos á las tareas de la paz. ¿Qué consideraciones no merecieron los clérigos? ¿Qué deferencias los obispos? Qué atenciones las personas notables del bando caído. Había de parte del nuevo Gobierno, uno como empeño marcado de borrar límites de demarcación partidarista entre los ecuatorianos, uno como anhelo de allegarse al adversario, de hacerle amigo y aliado, en gracia del beneficio del procomún y para que odios y rivalidades mutuas no fuesen obstáculo insuperable á la realización de los grandes proyectos económicos y ferrocarrileros que los vencedores querían llevar á cabo.

Esto no obstante, las cosas empeoraron. El descontento se propagaba en las clases inferiores de las poblaciones serraniegas á quienes se las aterrizaba con el monstruo de la herejía y con la amenaza de que el liberalismo iba á *acabar* con la Religión y los sacerdotes.

Los primeros actos de un orden de cosas que

recién se implanta, traen siempre consigo vacilaciones, errores de detalle, desconocimiento del medio ambiente, hombres poco prácticos en el mecanismo administrativo, y todo esto que es una ley general en la historia de las transformaciones rápidas en sociedades incipientes y mal preparadas para la reforma, se le echó en cara como un crimen al partido liberal en el poder. Se abusó de su lenidad y á la generosidad suya se la llamó cobardía é ineptitud.—Cobardía . . . . ineptitud . . . .! Y eran ellos los vencidos! . . . .

¿Qué más? La conspiración tejía su urdimbre dentro y fuera de la República, y hasta que estuviere todo preparado hacía gala de una resistencia pasiva, pero fuerte y resuelta.

Y la conspiración estalló.

¿Cuál era el pretexto que invocaban los revolucionarios?

Ninguno: no se tomaron ni siquiera el trabajo de exponer ante la Nación su capítulo de cargos y quejas.

Habían sido derrotados y querían el desquite: he ahí todo.

Y también ahora venían á combatir en nombre de la Religión.

¿Cuáles sus más poderosos elementos?

En la propaganda *espiritual*, digámoslo así, el púlpito y el confesonario.

En lo principal, el enganche de mercenarios colombianos.

Hollaban el suelo sagrado de la Patria en són de invasores: había moralidad política en semejante conducta?

Después de haber difundido la calumnia y la mentira contra el liberalismo ecuatoriano en la

---

Prensa Extranjera, se traían contra él una horda venal, peligrosa hasta para ellos mismos!

La conflagración fué general en todo el Ecuador; pero el movimiento les resultó á los terroristas harto prematuro, por más bien concebido y preparado que hubiese estado.

Se combatió larga y reñidamente, con diversa fortuna, hasta que las acciones de *las Cabras, Chambo y Cuenca* inclinaron la balanza de lado del partido liberal y dejaron postrado al enemigo de la tranquilidad pública.

¿Qué sacó con esta intentona el partido conservador?

Un arroyo de sangre ecuatoriana vertida en más de doce campos de combate, sin gloria para la Patria, sin provecho para la Nación.

La ruina cuasi completa de la agricultura del Interior.

La paralización del comercio en buena parte del territorio ecuatoriano.

Un nuevo abismo, un odio más entré los hijos de la misma madre.

Otro escándalo.

Y las medidas terribles, apremiantes, eficaces y dolorosas que el Gobierno se vió obligado á tomar contra sus enemigos, en virtud de la defensa propia y por el deber que tiene de hacer efectiva la paz, aunque sea arruinando por completo al empeinado turbador de ella.

Resumen: resultados contraproducentes.

Ruina propia.

Dígasenos, pues, si en esto ha habido un ápice de seriedad, de patriotismo, de cordura política?

Y parecía que todo estaba calmado, cuando he

aquí que la fiera se mueve, se despereza, alarga las garras y prepárase al último esfuerzo.

## IV.

Ah, pero no contaba con la huéspedada!

Estaban los liberales, estaba el Gobierno muy sobre aviso para que así no más hubiese logrado sorprenderles. . . . .

Se ha hablado de un asesinato general. . . . ¡Un a Saint Barthelem y, unas Vísperas Sicilianas en la ciudad 10 de Agosto de 1809 y del 24 de Mayo de 1822 ¡Infames!

Suenan de improviso las campanas á rebato; se oyen tiros, combátese en calles y plazas y á la inmediación de los cuarteles; los ciudadanos se despiertan despavoridos; y hordas de asesinos recorren las casas señaladas y matan las víctimas destinadas al sacrificio. Abí están esos hugonotes que trabajaron por *desamortizar* la conciencia pública del Ecuador, que soñaron en verle grande y poderoso; abí esos herejes que redimieron al indio, que llamaron á sí á los humildes, á los desvalidos de la fortuna; que quisieron el reinado de la justicia y proclamaron el trabajo como redentor del pueblo y la paz honrada como garantía de la libertad. ¡Mata:les pero no en combate noble, sino en nocturno motín, con asechanza y sobre seguro. . . . .!

Y al día siguiente, ved esos sacerdotes purísimos y mansísimos, esa larga hilera de congregantes y beatas, como pasean la Hostia propiciatoria de los pecados del mundo en las calles de una ciudad manchada por el más negro de los crímenes: por el asesinato en masa. . . . .

Se resisten aún los últimos restos de los atacados? Oh hermanos carísimos del Sur de Colombia! Venid y ayudadnos: aquí está el precio y allá Riba-

deneira; y juntos bailaremos en este festín de antropófagos! . . . . .

Felizmente *la cosa* se descubrió á tiempo y pudo evitarse el desastre.

Desastre que hubiera sido para los injustos agresores; pues dos mil hombres de tropas avezadas al combate no se rinden ni sucumben á un ataque descabellado.

En todo esto, como en los anteriores disturbios se ha visto las manos del clero: el clero conspira, el clero empuja al pueblo á la conspiración.

No es esta la oportunidad de examinar los cargos que puedan hacerle al Gobierno el clero y el episcopado ecuatorianos; pero es claro que sean esos cuales fuesen, ellos no pueden autorizarles á un levantamiento político de funestas consecuencias.

Todo este tiempo se ha estado haciendo lo posible por desacreditar al Gobierno en el concepto de las muchedumbres crédulas é impresionables; más nunca como en días anteriores se ha extremado tanto dicha propaganda. La Prensa netamente clerical de Quito y de Riobamba se ha ido muy allá en eso de calumniar y mentir con el más cínico descaro, en burlarse de la mayor parte de los actos del Gobierno y de la Convención, en insultar sin respeto alguno ni al individuo ni á la sociedad. Todos los hechos del nuevo régimen han sido tergiversados y odiosamente interpretados; háse clamado á gritos que la libertad, el derecho, las garantías constitucionales estaban conculcado el uno, matada la primera y rotas las últimas . . . . . cuando la indiferencia misma con que se miraban sus periódicos y hojas sueltas estaban probando lo contrario!

El Señor Arzobispo no puede, en manera alguna, negar su participación en el asunto, ya que ha permi-



tido se edite en la imprenta del *Clero* "La Defensa", uno de los periódicos á que acabamos de aludir y que, por fin de cuentas, se distribuye gratis.

Y la prohibición de publicaciones liberales hecha por S. S. Ilma. ¿no es un acto notoriamente de propaganda partidarista?

Y el hecho de haber huído, cuando nadie pensaba en atropellarni inferir la menor ofensa á su dignísima persona, ¿no indica que algo le roía la conciencia cuando entró en su corazón el miedo?

Ah, señor Arzobispo!

Ahora, el clero se ha despachado á su gusto; tan á su gusto, que ha habido necesidad de una reforma al Código Penal para cortarles las alas á esos fogosos oradores que predicán contra el Gobierno y los pícaros liberales que han venido á quitarles la careta y cercenarles las uñas.

¿Recuerdan ustedes cómo celebraron los conservadores quiteños el vigésimo aniversario de la muerte trágica del Ilmo Sr. Checa?

Pues esas banderas negras que pusieron en los balcones de sus casas, eran una provocación al Gobierno y un tácito llamamiento al pueblo; ya que tienen la infamia de achacar al partido liberal el envenenamiento de aquel varón de Dios, verdaderamente puro, verdaderamente mártir.

Aquel día, y apenas han transecurrido muy pocos, un matón estaba á las puertas de la iglesia, donde se celebraba las honras fúnebres, diciendo á todo el que entraba:

—Estos bandidos masones que ahora están mandando son los que le mataron al Sr. Checa.—

¡Miserables! En cuyas manos anduvo el cáliz en el día del sacrificio terrible? Fueron clérigos ó liberales los que luego resultaron sindicados del crimen ho-

rrible y sacrílego? No se dijo entonces que, por ese medio atroz, se quería incitar al pueblo á que matase á todo el personal del Gobierno, presente en la Catedral á las ceremonias del Viernes Santo? . . .

Volviendo á lo principal, véase, pues, cómo la idea de una sangrienta conjuración ha estado palpitando en el espíritu de nuestros mortales enemigos; idea imbuída, á no dudarlo, por el clero que preparaba el terreno con asiduidad notable.

Y, cuando descubierta la conjuración, el Gobierno aprehende á una parte de los conjurados por pura medida de policía ¡todavía han de tener los tales la desvergüenza de quejarse!

Pero ya la paciencia se va agotando.

No somos partidarios de las retaliaciones ni de los *ejemplares* sangrientos; pero sí vemos que la hora de tomar medidas eficaces se acerca.

## V.

Hemos recordado, á grandes rasgos, la conducta antipatriótica del bando conservador ayudado por el clero durante toda esta época revolucionaria, para hacer ver lo injusto de sus procedimientos y cómo el liberalismo combatió á su pesar, y después del triunfo tendió mano de amigo á esa agrupación política que le ha pagado sus consideraciones con infamias.

Resumiendo lo brevemente expuesto en estas páginas escritas al escape, diremos que todos los que nos llamamos liberales estamos en el caso de recordar al Gobierno de que la salvación del país, del partido y hasta *de nuestras mismas personas*, depende de la actitud que él tome; y de decirle que se deje de paños tibios y considere en la famosa frase de Hamlet puesta al frente de este escrito:

**SER O NO SER: TAL ES LA CUESTION.**